

Refiriéndose á este temporal, con fecha 27 de Septiembre de 1674, escribía desde Huelhuetoca el P. Cabrera al oidor D. Francisco de Sotomayor y Cuenca, que en el sitio del desagüe habían sido tan continuas y furiosas las avenidas de los ríos y arroyos, que habían causado pasmo y admiración á los vecinos de aquellos lugares, al grado de que los más ancianos aseguraban no recordar más tenaces y copiosas lluvias, y sin embargo de que debido á esto podían haberse experimentado ruínas en las obras, le manifestaba que el desagüe estaba al corriente; aunque el buen religioso atribuía todo, no á la bondad de los trabajos por él emprendidos, sino «á la misericordia de Dios y á los milagros de San Antonio.» (1)

El P. Cabrera contribuyó también, por su economía y honradez, á ahorrar grandes gastos á la real hacienda, no agotando las partidas que en Junta general de 23 de Junio de 1653 se habían asignado al ramo del desagüe, partidas de 358 pesos 3 tomines mensuales, que al año sumaban 16,300 pesos 4 tomines, cuya distribución era la siguiente:

Por jornales de cien indios que trabajaban á dos reales diarios, más un real de camino que se les daba á los que venían de lejos.....	\$ 9,300
Limosnas á los PP. superintendente y capellán, y sueldos de pagador, sobrestante mayor, guarda del canal de los vertideros y del río de Cuauhtitlán, guarda de la laguna de Zumpango, maestro de carpintería y de cuatro sobrestantes.....	5,692 4 tomines.
Gastos menores del pagador.....	246
Leña para calentar las comidas de los indios, y á éstos de noche.....	360
Velas de sebo y sebo de untar....	96
Objetos diversos de hierro.....	240
Jarcia y madera.....	366
<b>SUMA TOTAL.....</b>	<b>\$ 16,300 4 tomines.</b>

(1) Archivo Nacional, *Desagüe*, tomo VI.

En diez años no se libraron partidas extraordinarias para gastos del desagüe, pues sólo se le aumentaron cincuenta pesos de sueldo al P. superintendente, y con todo, la real hacienda tuvo un considerable ahorro en los siete primeros años de la superintendencia de aquel religioso, que ascendió á 1.600,000 pesos, según consta por real cédula de 7 de Agosto de 1673.

Así las cosas, el 8 de Diciembre de 1674, el fiscal D. Martín de Solís dirigió al entonces arzobispo y virrey, Fr. Payo Enríquez de Rivera, una consulta en la que proponía, «que duplicando los gastos y aumentando los operarios podía concluirse el desagüe en un año.»

En vista de la proposición del fiscal, y en Junta de Hacienda celebrada el 11 del mismo mes y año, se acordó se oyese para resolver en el asunto al P. Cabrera, quien informó desfavorablemente á D. Martín de Solís.

Cuéntase, que indignado el proponente y aludiendo al P. Cabrera, dijo: «No le ha de valer oponerse á mi escrito, porque es mucho enemigo un fiscal del Rey:» que en seguida ocultó el informe del religioso franciscano: que influyó para que el virrey arzobispo y la real Audiencia practicasen una visita á las obras, como en efecto la practicaron, manifestando los maestros peritos su opinión favorable al proyecto de Solís, y que se hizo por completo punto omiso del parecer del P. Cabrera que había presentado á la sazón nuevos escritos en su contra.

En 28 de Enero de 1675, el ingeniero militar D. Francisco Pozuelos de Espinosa, que según parece era el que había aconsejado al fiscal lo que éste propuso, logró que se aprobaran las proposiciones siguientes:

1ª Que en dos meses se desmontasen los ocho pedazos de bóvedas que faltaban, con 342 peones.

2ª Que se colocaran vigas para recibir la tierra derrumbada hasta que hubiese agua suficiente en el tajo para que se la llevase; y

3ª Que para que la gente *no se estorvase, hasta dos varas de profundidad, sacaran la tierra con las manos, y la arrojaran fuera del tajo.*

Como ayuda de costa se mandaron librar al ingeniero 1,000 pesos, que después se aumentaron al doble. Se acordó que cada ocho

días fuera un ministro de la Audiencia á inspeccionar las obras, y que en todo se procediese de acuerdo con el P. Cabrera; pero sin hacer aprecio de esta última prevención, comenzó el *desmante* de los ocho socavones, y tan mal, que en breve hubo cuarteaduras y derrumbes.

La mala voluntad hacia el P. Cabrera se hizo manifiesta. Al principio de los trabajos fué como inspector por primera vez, para hacerse cargo de las obras y cual estaba prevenido, el oidor D. Gonzalo Suárez de San Martín, quien al llegar á Huehuetoca recibió un recado del P. Cabrera excusándose de no ir á recibirlo personalmente por hallarse enfermo; pero que en cambio lo atendería en todo su representante que era un buen religioso. El oidor, una vez impuesto de la misiva, dijo: «Yo tengo cédula para echar frailes á España, y en la primera ocasión he de enviar dos ó tres.»

El llamado *desmante* ó derrumbe de los cielos de los socavones, en vez de ejecutarse en dos meses como se había dicho, tardó cuatro meses tres días, y se aumentaron los indios trabajadores hasta 450 diarios.

A fines de Junio de 1675 se anunció con sobrada audacia que el desagüe estaba concluído, y al efecto de examinarlo salieron el próximo 3 de Julio el arzobispo y real Audiencia, adonde llegaron el día siguiente 4, regresando el 6 satisfechos, pero engañados de la conclusión de las obras. Recibiélos para cumplimentarlos en Huehuetoca el oidor D. Lope de Sierra, que era á la sazón quien vigilaba los trabajos, acompañándolos durante la visita el P. Cabrera, y aunque en el curso de la vista de ojos cuidáronse de pedirle su opinión, él sin embargo la expresó por escrito el 8 de Julio, manifestando que las obras ejecutadas por orden de D. Martín de Solís habían producido derrumbes, caídos y hundimientos; habían azolvado el tajo, y no daban la suficiente latitud y declive en el terreno donde se demolieron los ocho socavones.

Tres horas después de haberse recibido el informe del P. Cabrera, resolvió el virrey separarlo de la superintendencia del desagüe, y el fiscal, con fecha 17 de Julio, intentó refutar el escrito del sabio religioso; pretendida refutación que años después fué completamente pulverizada en un impreso de que se hablará adelante.

Entretanto, tal vez para ofuscar con la pompa y el escándalo el examen juicioso de las obras, y para que pasase inadvertido el informe del P. Cabrera, el 8 de Julio de 1675 se mandó repicar en todas las iglesias para anunciar solemnemente la conclusión del desagüe, y el virrey, tribunales y Ayuntamiento asistieron á la catedral al suntuoso *Te Deum Laudamus* y misa que celebróse con este motivo, y mientras se hacían estas manifestaciones de gracias en el templo, disparos continuos de los mosquetes de la Compañía del real Palacio anunciaban al pueblo ignorante el final de una obra que estaba muy lejos de haberse terminado. Hubo aun más: poetas ramplones y gongorinos, que nunca faltan en tales ocasiones y que hacen coro á los que adulan, cantaron en coplas impresas y repartidas profusamente, la conclusión de los trabajos del desagüe, con el objeto de infundir entre las masas populares un error que á todas luces era manifiesto.

Tan cierto fué lo que decimos, que no habían pasado muchos días, cuando el mismo D. Martín de Solís, con fecha 25 de Julio, escribió al rey diciéndole que se habían *desmontado* ya las bóvedas como lo indicaron los arquitectos y maestros alarifes; pero que para el *perfeccionamiento* de las obras hasta ese año practicadas, era conveniente *desmontar todavía* unas 300 varas en el sitio llamado la «Bovedilla.» En 2 de Abril de 1676 remitió el rey la carta de Solís al arzobispo virrey, D. Fr. Payo Enríquez de Rivera, ordenándole se procediera á la ejecución de lo que proponía el fiscal, y consultado el real acuerdo se mandó hacer visita, y de ella resultó que era necesario desmontar no 300 varas, sino 500, con un costo de 27,000 pesos, que después subió á mayor cantidad.

Esto prueba hasta la evidencia que no se había concluído el desagüe, como de una manera tan ruidosa lo anunciara Solís y sus partidarios.

Decretadas las nuevas obras en 1677, fué nombrado superintendente D. Martín de Solís, cargo que tuvo desde el 24 de Mayo hasta el 27 de Diciembre. Durante su administración los derrumbes fueron continuos, los escombros producidos por éstos azolvaron el tajo, murieron muchos indios en los trabajos, y gastó la real hacienda dinero inútilmente. Las ruínas amenazaron por todas partes

á la obra, y se hicieron tan tristemente célebres, que todavía hoy se conocen sitios en el desagüe con el nombre de «caídos de Solís.»

Por espacio de diez años las obras no progresaron gran cosa, debido en primer lugar á los resultados ruinosos que produjeron las tareas de Solís, y en segundo, por la pésima dirección de los superintendentes togados que le sucedieron en el cargo.

Los pobres indios llevaron la peor parte en esa época. Costumbre había sido que para alojarlos durante su permanencia en los trabajos, se les construyeran jacales y se les diera leña para calentarse. Solís y los superintendentes togados privaron de esto á los indios. Solís mandó levantar un gran jacalón, húmedo por el terreno que ocupaba, y frío por no penetrar el sol por ninguna rendija, donde los pobres trabajadores dormían hacinados y morían con frecuencia. También se les quitó el capellán de las obras, que generalmente era algún buen religioso franciscano, quien no sólo les proporcionaba los auxilios de los sacramentos en la muerte, sino que procuraba que se les pagaran sus sueldos con puntualidad y se les impartiera buen trato.

Cuenta el P. Cabrera que Solís «eligió y nombró á su gusto el pagador, que fue una persona de su familia, el qual quando se havian de pagar los Indios, se encerrava en una tienda, que tenia de calzones de palmilla, sombreros ordinarios, y géneros comestibles de pan, miel y queso, y en dicha tienda en compañía de otro cierto sujeto de su confianza, instavan á los miserables Indios, á que llevasen en géneros lo que se les devia de su trabaxo. Y á esta extorsion le acompañava otra, y era que aun quando acabasen su *tequio* de quince dias, y estuviesen allí los Indios, que entravan á remudar, los que avian acabado su *tequio*, no los dexaban salir hasta que travaxaban uno, ó dos dias mas, y solo se les contavan los quinze dias, y perdian la paga de los que ivan á servir: y como los miserables Indios estaban atemorizados de las muertes desgraciadas, que sucedian en aquel tiempo en el desagüe, muchísimos se huian, dexando perdida la paga de lo que havian devengado.» Se les vendía además pulque, con el objeto de quitarles el real que diariamente se les daba como anticipo al salario quincenal.

Semejantes abusos desgraciadamente fueron frecuentes antes

y después de la época á que alude el P. Cabrera, y tan repetidos y espantosos, como lo prueban los documentos que del ramo del desagüe se conservan en el Archivo Nacional, conteniendo procesos formados, ora por el mal trato que se daba á los indios, ora por los abusos que cometían los pagadores. El Sr. de Garay también ha consignado en el interesante opúsculo que ya hemos citado varias veces, datos que comprueban lo que afirmamos.

A medida que escaseaban los indios de los alrededores, se les hacía venir de lejos, desde Tlaxcala y Puebla. Obligábaseles á cumplir su *tequio* ó tarea, á la intemperie, mal comidos, casi desnudos, peor retribuidos, lo que producía un gran contingente de muertos, ya víctimas de los accidentes desgraciados ó de las pestes. Cuando bien les iba, quedaban horrorosamente mutilados é inútiles para trabajar en lo futuro. Hay noticias de mortandades espantosas en el tajo, cuyo número se hace subir á 100,000 y hasta 200,000 víctimas. Por exageradas que sean estas cifras, los muertos en las obras del desagüe fueron muchos, si tenemos en cuenta los libros parroquiales de Huehuetoca, que por lo demás no nos suministran sino datos deficientes, pues muchos indios eran sepultados en el campo, no pocos bajo los escombros de los derrumbes, y los restantes, que eran los que venían á morir cerca de la iglesia cural, son los únicos registrados en los libros de defunciones. Pues bien, estas víctimas se asentaban primero en el libro común de la parroquia; pero después eran tantas, que se puso una nota que decía: «Desde esta fecha se llevó libro aparte para los muertos del desagüe;» y el Sr. Garay, que tuvo entre sus manos los cuadernos en que se escribían las actas de defunción, asegura que le sorprendió el lacónismo con que se redactaban para poder inscribir hasta cincuenta en una hoja, en esta forma:

20 de Agosto de 1664. Juan Antonio, de los de Tlaxcala, del desagüe.  
 „ „ José Lucas, de los de Cholula, del desagüe.  
 „ „ José Tiburcio, de los de Puebla, del desagüe.  
 etc., etc., etc.

Cerrando el anterior paréntesis sobre el mal trato de los indios y el grande y mortal tributo que rindieron á las obras del desagüe, éstas no avanzaron gran cosa durante la superintendencia de los